Programa de sala Número 37 año 34. 2013

LOS DIPLOMAS

de Andrés Caicedo

Ficha técnica

Juan David Ruiz
Elizabeth Arias
Juan David Toro
Ángela María Muñoz
Margarita Betancur
Beatriz Prada
Juan David Correa
Jonathan Cadavid
John Fernando Ospina
Diego Sánchez

Textos de Andrés Caicedo:
Recibiendo al nuevo alumno, Los diplomas, La estatua del soldadito de plomo (Inédita), Maternidad, El pretendiente.

Vestuario, maquillaje y luminotecnia:
Teatro Matacandelas
Utilería: **Faber Londoño**
Diseño de sonido y composición musical:
Óscar Mario Castañeda
Sonidista: **Sergio Dávila**
Luminotécnia: **Alejandro Arteaga**
Estudio pictórico: **Martha Villafañe**
Asesoría literaria: **Óscar González**
Servicio de documentación:
Carlos Alberto Caicedo

Dirección:
María Isabel García
Cristóbal Peláez González

Beca de creación COLCULTURA 1995

Una producción del Teatro Matacandelas
Medellín - Colombia, 1997

"Los hombres y mujeres se hicieron verdaderamente humanos cuando empezaron a celebrar la vida y a conservar la memoria. Cuando entendieron que vivir era ir más allá de buscar comida y abrigo y cuando comprendieron que se hacían mejores personas si celebraban lo bueno de la existencia y compartían la memoria.

Es entonces cuando nace la necesidad de narrar y con ella el arte de representar. Un arte que tiene el don especial e irreductible de la presencia humana. Ese don está en el teatro y hace que unas personas arriesguen su vida narrando con su cuerpo y con su voz ante otras para desentrañar los misterios de la existencia humana."

Santiago García

TEATRO MATACANDELAS

INSTRUCCIONES DE USO

Aromática y tinto son de cortesía y autoservicio.

El área social, con sus mesas y sus sillas, es un espacio destinado al uso y comodidad de los asistentes a la obra teatral. Si usted desea alguna bebida o comestible haga su pedido en la barra.

Nuestro servicio de bar (sólo en temporadas) es de 7 a 12 de la noche.

Existe a disposición "El libro del espectador", nos interesan sus opiniones y comentarios.

Teléfono público (en la barra).

Los Diplomas**,** duración: 90 minutos.

El teatro es el punto de encuentro de la sensibilidad, la inteligencia y la diversión. Un espectador con prisa es un enemigo para el teatro. Si usted dejó asuntos pendientes, si está esperando llamadas urgentes, si entra agitado y acosado por prisas de tiempo y actividades, le sugerimos cortésmente que aplace la velada para una mejor ocasión.

Por razones de higiene y comodidad no se acepta el ingreso y consumo de bebidas y comestibles a la sala.

Al ingresar a la obra le rogamos, para que evite el oso, apagar su celular.

El Teatro es un tejido que se construye sobre el silencio, los comentarios en voz alta interfieren con los actores y los espectadores.

Así como hay actores, directores y grupos sin talento, también hay público sin talento. El esfuerzo debe ser mutuo.

Nuestra única razón de existencia como Compañía Teatral es crear puestas en escena con temas y apariencias que sean de interés humano, si esta vez no se alcanzó ese objetivo, le pedimos disculpas, ya lo intentaremos hacer mejor en la próxima ocasión.

Antes que un evento multitudinario, de enormes proporciones publicitarias, consideramos el teatro como un ejercicio modesto, un ritual, una reunión mágica donde un grupo de personas nos encontramos para tratar de estremecernos a través del arte. Su presencia en nuestro teatro es decisiva, invite a sus amigos y familiares. El arte es el único consumo que cualifica.

El Centro de Documentación del Teatro Matacandelas tiene a su disposición varios computadores donde puede saciar su curiosidad sobre nuestro grupo, o cualquier actividad que desee en Internet.

Acceso gratuito a Internet: matacandelas-wifi (si clave de acceso)

Nuestra zona de fumadores: única y exclusivamente en el callejón

Para su comodidad y seguridad solicite con el personal del teatro el servicio telefónico de taxis.

Los Diplomas. Residuos dramáticos.

por: Cristóbal Peláez

El colombiano Andrés Caicedo a los veinticinco años estaba cansado de vivir y decidió poner fin a sus días. Realmente murió de 75 años, pues es sabido que los poetas, en su iluminación, a diferencia de nosotros, gente vulgar, viven cada día tres. En su afán de morir dejando obra nos legó una importante producción cuyo inventario resulta sorprendente: cuatro novelas, nueve dramaturgias (entre creaciones y versiones), veintiún poemitas, una carpeta con varios guiones de cine, una treintena de cuentos, muchos de ellos magistrales, cinco números de la revista Ojo al cine, única publicación especializada en su época en el país, y un abundante arrume de papeles todavía inéditos donde encontramos el registro minucioso de todo aquello que lo tenía inmerso: cine, libros, teatro. No se perdía ningún acontecimiento urbano en ese Cali de los años 70. El Pop Art, los Rolling Stones y la salsa estaban inaugurando otro mundo al margen de las contiendas que todavía a rudos machetazos libraba un país asaz agrario.

La lente de su amigo, el otrora pandillerito, Eduardo, La rata Carvajal lo muestra sonriente en la fotografía donde nuestro autor parece conservar el pacto fáustico de la eterna juventud. Ese flash afortunado le ha dado la vuelta a Colombia y es objeto de contemplación fervorosa. Sus libros en tirajes abundantes se agotan a ritmo de imprenta. Sus piezas teatrales, *Angelitos empantanados* y *Los diplomas* alcanzan casi las setecientas representaciones sin disminuir la afluencia de espectadores. Los adolescentes contratacan a los pedagogos y sus eternos análisis literarios de obras oficialistas con el grito rebelde de la novela *Que viva la música*, especie de devocionario de los culimbos. Aún así Andrés Caicedo es y sigue siendo un escritor de alcantarilla, un sospechoso a quien los correctos ciudadanos de la república prefieren fingir que desconocen y por supuesto mantenerlo apartado de sus hijos.

Soñó alguna vez con convertirse en un profeta del mal ejemplo. Todo su esfuerzo creativo estaba orientado a permanecer en el paraíso de la pubertad, por ello perseveró en su obsesión de una literatura de jóvenes para jóvenes, que los niños-muchachos perversamente, clandestinamente, se rotaran sus textos a espaldas de sus casposos profesores. Andrés Caicedo detestaba a los adultos por el hecho de ser adultos. Actitud muy propia de todos los prematuros. Recuérdese a Alfred Jarry con su inmortal *Ubú* a partir de un retrato sarcástico de su profesor de física. La burla y el desprecio parecen ser un buen gozne para abrir ciertas puertas.

Todavía sigue siendo una leyenda, pero ya no es un misterio. Sus inclinaciones y sus obsesiones son fácilmente detectables: En música, rock y salsa (quemen todos los libros, no dejen sino música). En cine, el terror, el western y el suspense (Buñuel, Hitchcock, Ford, Pekinpah). En literatura, todo aquello que exprese vampirismo, aturdimiento y rebeldía, Joyce, Poe, Lovecraft, junto a los latinoamericanos Vargas Llosa –el de los cachorros– y José Agustín.

Desde los doce años vive fascinado con Poe, un autor prohibido entre la gente decente al ser considerado literatura para la plebe. A esa edad su familia se resigna a liberar a los colegios de Cali de

un alumno indeseable y lo traslada interno a un colegio de Medellín. Una experiencia –quién iba a creerlo–, que dejará una radical huella de desamparo en la psiquis de Andrés. Con ese sentimiento de soledad y desarraigo empieza a concebir un trabajo de largo esfuerzo, una iracundia que gira alrededor de la vida escolar. Para él ya no habrá nada más importante que la desazón de esas criaturas de corta edad que invocara para el futuro como angelitos, predestinados por la desgracia de la adultez. Querubines arrojados a una marranera.

No posee la pericia literaria suficiente y emborrona a destajo miles de páginas que saltan a capricho en diversas manifestaciones. A sus dieciséis redacta una novela llamada *La estatua del soldadito de plomo*, un trabajo que continúa inédito y que delata la falta de oficio, pero deja entrever en líneas que se está empezando a perfilar un genio. ¿No incubó Jarry a su patafísica criatura a los quince años?

A sus veintidós años cierra su experiencia teatral con las palabras que le lanza a Ramiro Arbeláez, su más caro secuaz escénico: "Creo que todo lo que tenía que decir en teatro ya lo dije." A medida que se aparta del entorno colegial se aproxima más al cine. Esa pasión que ha reverberado desde la oscuridad de la butaca la quiere llevar hasta las últimas consecuencias como crítico, guionista y realizador. Codirige con Carlos Mayolo un filme en dieciséis milímetros de *Angelitos empantanados* y elabora guiones que quiere presentar a Roger

Corman. Va a buscarlo a los Estados Unidos, lo encuentra y se decepciona, pero regresa orgulloso con una entrevista que ha logrado con Sergio Leone y la redacción de un diario titulado *Pronto: Memoria de una cinesífilis*, insuperable crónica sobre él mismo y su enfermedad de cine, que más tarde quiere convertir –"fácil, facilito", según sus propias palabras– en una gran novela. Qué gran hueco literario no disponer hoy de esa narración.

Intentó revelar su experiencia estudiantil en una astracanada dramática muy a lo Ionesco. Es una obrita que varía y corrige incesantemente hasta transformarla en *Recibiendo al nuevo alumno*, una construcción aceptable, historia truculenta de un tumulto de alumnos asfixiados en la represión y en el embrutecimiento que terminan por reaccionar de manera inconsciente hasta alcanzar el paroxismo donde sacrifican a su profesor en una orgía de sangre. Entusiasmado por este filón de temas escolares que acaba de descubrir se propone un opus, una serie exactamente, que llevará el título seductor de *Los diplomas* y no llegaría a concluir nunca. ¿Qué clase de diplomas son estos? Una placa de sucumbimiento.

La dramaturgia de *Los diplomas* en el montaje del Teatro Matacandelas no remite a un sólo texto. Es un resumo de siete obras donde se acentúa como rasgo transversal la vida de colegio, la sordidez y la angustia de una educación anacrónica. El esqueleto dramático pertenece a su cuento *Maternidad*, aquel que Andrés llamaba "modestamente mi obra maestra". Es la historia de un culimbo que trata de apartarse de un destinito fatal y afirma su acto de vida en el provocado nacimiento de un hijo. Esta criatura que él llamara Augusto, "nombre de victoria siempre contra los malos tiempos que vivimos", será el símbolo de lo nuevo, la pieza que saldrá de la vieja maquinaria podrida para instaurar un orden distinto. Después del parto el vientre que ha servido para este precipitado puede desaparecer, es decir, reintegrarse al caduco orbe al cual pertenece: "Hace días no la veo. Creo que se fue para San Agustín con una manada de gringos. Espero que no vuelva, que se muera, que le den allí su merecido."

Ella, Patricia Simón, el vientre, ha narrado el técnico acto de concepción así: "Sentí cómo mis piernas se abrían para darle paso, cabina y fermento a su espermatozoide sano y cabezón, que daría con los años testimonio de su desesperado acto de afirmación en la vida, tengo que decirlo, dos puntos, no gocé." Y el engendrador testimonia: "Rasgué con su sangre el pasto Yaraguá."

Maternidad es la única pieza literaria del autor donde hay una reacción contra el abismo, y aún así, no deja de ser un despeñadero, la fatalidad del mundo adolescente en que orbita. La moral burguesa ha provocado frutos agrios. La anónima decadencia y la fuga son los únicos recursos del joven para corroborar que el orden no es tan orden y que el sistema no es perfecto.

Los cinco estudiantes desaparecidos le han hecho puñeta al burgués con armas telúricas: agua, aire, fuego, tierra. Manolín Camacho y Alfredo Campos se arrojan voluntaria y gozosamente al caudal del río Pance. Diego A. Castro, es devorado por la tierra que se abre (un sicologista vería en ese suelo un regreso al vientre), Ignacio Moreira se despacha un tiro (fuego) y Pepito Torres se anula con la falta de aire. Pero no han muerto, se han disuelto, han recuperado finalmente el paraíso.

Ay, que me muriera,
que me muriera,
que me muriera,
que me muriera
así no más,

sin decir ni pío, que mañana
amaneciera muerto, que amaneciera
muerto, quiero morirme, quiero
morirme, quiero morirme, cada día
es una carga peor, quiero morirme
mi desorden no puede ser otra
cosa que aviso de la muerte,
yo estoy preparado,
quiero morirme,
estoy esperándolo,

quiero morirme

Patricita SUPERdivinA:

Todo lo que usted tiene que hacer es desearme buena suerte al acostarse y al levantarse, así: "te deseo mucha calma y muchas fuerzas, andrecito" dos veces al día y verá que yo me las arreglo para pasar mas o menos bien lo que me queda de vida que no va más allá de dos diciembres.

¿Qué pasaría si desapareciera el teatro?

Teatro Matacandelas

El teatro puede ser hecho por cualquiera,
incluso hasta por actores.
El teatro puede ser representado en cualquier lugar,
incluso hasta en escenarios.
Augusto Boal.

Tranquilicémonos, no va a desaparecer.
El teatro es inevitable, está a todas horas en todos los lugares,
en los escenarios con puestas en escena hechas adrede por profesionales o aficionados,
en las formas fugaces del performance,
en el mendigo que descompone magistralmente su rostro de desgracia para recabar monedas,
en el amante que afirma más amor del que siente,
en la promesa que de antemano se sabe nunca se cumplirá,
en el que argumenta calamidades para evadir una deuda,
en la cara serena del que sufre una afrenta,
en el que habla ante una audiencia y dice palabras que simulan sabiduría,
en el que sonríe al enemigo y le desea buenos días,
en la pataleta del niño,
en la cordial bienvenida,
en la afable atención del mesero cuyo deseo más íntimo sería quebrarnos la botella en la testa,
en la azafata que sufre una pérdida amorosa y no obstante nos desea un feliz vuelo,
en aquel que nos habla de un dios que todo lo perdona y está planeando matar a su esposa,
en aquel que tiene abierto un libro al revés y hace de lector,
en la cajera del supermercado que conserva su inmutabilidad ante el reclamo airado del cliente,
en el cliente que toma para sí el papel de justiciero,
en las pulidas formas de tomar trinchete y tenedor y masticar,
en el que juega con los niños y verifica que todos a su alrededor lo observen y piensen “cómo ama a los niños”,
en los niños que con un cartón sucio construyen palacios encantados,
en la niña que durante todo el día vive imaginariamente en el bosque y es una hada,
en el niño que amaneció Supermán,
en el lápiz labial que repone en el rostro de las mujeres las insuficiencias de la naturaleza,
en los tatuajes, en los piercings, en los aretes, en los peinados, en la ropa,
en la sombras de los ojos y las pestañas postizas,
en las pasarelas,

en el fingimiento de la caricia y el orgasmo,
en los simulacros de naufragio o tragedia,
en los desfiles militares,
en las procesiones religiosas,
en la frase “te amaré siempre”,
en los perfumes,
en las medias de seda y las prendas eróticas,
en las barbas, en los bigotes, en las crestas punk,
en los velorios, magnífico escenario para exhibir la peor congoja,
en el ritual seductor que nos disfraza para la conquista amorosa.

El teatro no solo es inevitable, es necesario, nos aprisiona, nos arroja a diario a la calle a practicarlo con los otros.
Nuestro afecto por la soledad es un deseo de escapar a la obligación cruel del teatro cotidiano.
El afán de ese lapso donde podemos encontrarnos a solas con nosotros mismos y tratar de entender cuál es nuestra verdadera máscara.

Publicado en: *El informador* No: 382, un publicación de COMFAMA - Medellín, marzo del 2013

De *Destinitos fatales* (1971)

I

A un hombrecito le gusta el cine y llega y funda un cineclub, y lo primero que hace es programar un ciclo larguísimo de películas de vampiros, desde Murnau y Dreyer hasta Fisher y ese film que vio hace poco de Dan Curtis. Al principio hay mucha acogida y todo: el teatro se llena. Pero semana tras semana va bajando la audiencia. Como se sabe, el público cineclubista está compuesto en su mayoría por gente despistada que acude a ver acá "el cine de calidad" que no puede ver en los teatros cuando estos sólo exhiben vaqueros y espías: imbéciles que abuchean una película de John Ford con John Wayne "porque el ejército de EEUU siempre mata muchos indios", que le dicen imbécil a Jerry Lewis. Esa gente cómo le va a coger la onda a los vampiros, no falta por allí uno que insulte al hombrecito del cine club por estar exhibiendo cosas de estas cuando los estudiantes luchan en las calles, gente que únicamente sueña de noche y que siempre duerme bien y al otro día se despiertan y pueden hablar de amor, de papitas, de viajes, de política y cuando llega la noche se ponen a soñar de lo mismo que han hablado durante todo el día. Pues bien, el hombrecito de nuestra historia comenzó a perder grandes cantidades de dinero porque ya al final no iban más que diez personas a sus películas de vampiros, 9, 8, 7, 6, 5, los últimos cuatro, sí empezaron a conversar, a contarse recuerdos, pasó el tiempo y uno de ellos se mudó de ciudad, otro amaneció un día muerto, uno se graduó de arquitectura y nunca nadie más lo volvió a ver por estas tierras.

El hecho es que el sábado 25 de septiembre de 1971, el hombrecito encontró, al ir a introducir el último film del ciclo, que no había más que un espectador en la sala, allá detrás, en un rincón, mitad luz y mitad sombras.

El hombrecito iba a comenzar a hablar de la película que amaba tanto, pero el Conde se paró de su butaca y le sonrió, y el hombrecito tuvo que bajar los ojos.

II

Un empleado público se monta a las 12 del día en su bus de todos los días, paga, registra, y para su satisfacción queda un puesto por allá, se dirige al asiento vacío sin ver a nadie conocido, pero para qué conocidos a esta hora y con este calor, así que el empleado público en lo único que piensa es en el almuerzo que su mamá le tiene cuando llegue a casa, en la siestecita de cinco minutos, en el sueñito que sueñe, y por pensar en eso ni se ha dado cuenta que este bus en el que se ha montado no para cada 4 cuadras ni para en ninguna parte, y cuando cae en la cuenta el hombrecito lo que hace es apretar las manos que le sudan pero nada más, o tal vez voltear a mirar a los pasajeros, todos hombres, una mujer en la última banca vestida de negro, todos de piel oscura y por qué será que todos están así de flacos, y por qué a todos se les ve el hambre en la cara, por qué, sobre todo el chofer cuando voltea la cara y lo mira a él. Y da la señal. Entonces el bus para y todos se le van encima, y cuando al hombrecito le arrancan el primer pedazo de mejilla piensa en lo que dirán sus compañeros de oficina cuando salga mañana en el periódico. Pero mañana no va a salir nada en el periódico.

III

Un hombrecito va por allí caminando fresco, cargando un libro de Mr. Edgar Allan Poe que pesa cinco kilos. De pronto un gordo lo ve pasar y se le acerca y le pregunta: -Dígame, ¿no le molesta andar con ese libro tan pesado parriba y pabajo?

El hombrecito, que es muy bondadoso y un poco ingenuo, no se da cuenta que el gordo se quiere burlar de él, y por eso piensa antes de contestar, para darle la respuesta exacta; y ella es: -Lo que pasa es que desde hace un tiempo para acá me di cuenta que yo vivo mi vida montado en un globo, y el libro de Edgar me sirve de lastre. Lastre para no elevarme tanto, para no ir a parar a una región desconocida, habitada por gente que a lo mejor no me gusta, que no conozco. Además la persona que más supo de globos en el mundo fue mi amigo Edgar.

Y el gordo al oír eso se le ríe en la cara. Y el hombrecito comprende ahora y se pone muy triste. Y la tristeza le dura cinco días. Hasta que se encuentra en una película una actriz americana de la que se puede enamorar fácil, y la tristeza se le pasa.

MATACANDELAS

TEATRO MATACANDELAS

La Asociación Colectivo Teatral Matacandelas se fundó en la ciudad de Medellín en el año 1979. Por invitación de la Casa de la Cultura de Envigado el grupo se trasladó a este municipio desde donde desarrolló su labor escénica durante siete años. Es la primera época del grupo signada por montajes versátiles con contenidos abiertos, críticos, cómicos, que pretendían responder a necesidades concretas: ampliar el radio de acción del teatro, cubrir espacios escénicos no convencionales, acceder a un público heterogéneo. Montajes como *¿Qué cuento es vuestro cuento?*, *La estatua de Pablo Anchoa* y *La comedia de Facundina* respondieron, con más de 700 representaciones a tales propósitos, a la par que el grupo marchaba en una sólida estructuración interna de equipo con una fundamentación actoral y estética. Era la época en que a falta de escuela y profesionalismo creíamos (y aún seguimos creyendo) que el teatro puede ser hecho por cualquiera, incluso hasta por actores, y que podía ser hecho en cualquier parte, incluso hasta en escenarios.

El horizonte nómada pierde su perspectiva con varias limitaciones, como son, la falta de un espacio propio de experimentación y laboratorio, la poca capacidad de autogestión y autoprogramación. Es cuando el grupo se traslada al centro de la ciudad de Medellín y abre una pequeña y acogedora sala para 100 espectadores, empezando así una nueva etapa donde se enfatiza la preparación actoral y la exploración sobre el lenguaje visual y sonoro del teatro. *La voz humana* (Cocteau), *Viaje compartido* (Andrés Caicedo y Aguilera Garramuño), *Juegos Nocturnos I* (Tardieu) y *O marinheiro* son obras que revelan esa preocupación.

Un tercer momento ha estado orientado a depurar y acrecentar un repertorio buscando mejores condiciones en la creación, producción y proyección de los montajes, proporcionando también a los actores un nivel digno de existencia. No puede construirse una sólida compañía teatral sin, a la vez, construirse un repertorio variado y abundante de obras. Estas obras no son sólo un patrimonio grupal, son también el patrimonio de una ciudad, de un país.

TIENDA
MATACANDELAS

TEATRO MATACANDELAS

TEATRO - MUSICA - TITERES

año 34 2013 MATACANDELAS

Calle 47 No. 43 - 47 Tel: 215 10 10 / 239 12 43
Medellín - Colombia
e-mail: matacandelas@matacandelas.com

DH DISEÑO

TEATRO MATACANDELAS Asociado a

10 AÑOS Creer, crear, hacer. MEDELLÍN EN ESCENA

corporación Otraparte

Todo **MATACANDELAS** en www.matacandelas.com

Si quiere recibir nuestra programación envíenos un correo a matacandelas@matacandelas.com

ROCCO GRÁFICAS "UNA IMPRESIÓN QUE PERDURA"
GRUPO HANGAR
TEATRO PABLO TOBÓN URIBE
CasaTEATRO EL POBLADO
CONFIAR EN LA CULTURA
Sala Concertada
Ministerio de Cultura República de Colombia
Medellín un hogar para la vida
Alcaldía de Medellín